

BIBLIA Y LENGUAJES RELIGIOSOS VIOLENTOS

Juan Carlos Valverde Campos¹

Querido niñito Dios, te quiero decir
Que me he portado muy bien este año.
Le he hecho caso a mis papás,
me he sacado buenas notas,
He puesto atención en clase, no he peleado,
He hecho mis tareas, he sido una buena persona
Y por eso te quiero pedir
los siguientes regalos...¹

¿Quién me recordará los pecados de mi infancia?
Porque nadie está libre de pecado ante tus ojos,
ni siquiera el niño que ha vivido un solo día.

(Confesiones de San Agustín I, 7, 1.)

Escribir sobre la violencia que generan ciertos lenguajes religiosos en nuestra sociedad es un ejercicio bastante doloroso, porque de esta violencia es posible que todos hayamos participado en algún momento. Aún más agudo resulta si agregamos al tema

* Docente de la Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión.

1 Tomado de: nación.com, *Revista Proa*, domingo 9 de diciembre de 2007, accesado el 14 de agosto de 2008.

que la violencia de la que queremos hablar está dirigida contra los niños, las niñas y las personas adolescentes que nos rodean.

Las religiones o los discursos religiosos no deberían nunca invitar al maltrato, sea éste físico o verbal, de ningún tipo. La palabra religión y otras similares invitan a pensar en bondad, alegría, expansión, plenitud, vida, paz. Sin embargo, los lenguajes religiosos han incorporado, como un elemento casi esencial e irrenunciable de sus sistemas de creencias, el sacrificio y la humillación como medios para alcanzar la bondad, la alegría, la expansión, la plenitud, la vida y la paz verdaderas.

Que la vida en este cuerpo material es siempre algo incompleto y que este será siempre un “valle de lágrimas” son frases estas muy conocidas por todos. Pero ¿por qué ha de ser esto así?, ¿no puede o debe ser de otra manera?

Por otro lado, los padres de familia, muchos de ellos también catequistas, se convierten en transmisores de estos lamentables sistemas de creencias. Muchos más se unen a este grupo: amistades, otras personas integrantes de la familia, sacerdotes, pastores, líderes comunales, los propios medios de comunicación, entre otros.

Esta situación puede llegar a convertirse en un círculo sin fin. La carta al Niño Dios del inicio es una muestra de ello. Enseñamos a nuestros hijos a “negociar” con Dios. Ellos con toda seguridad no saben ni entienden nada de Dios, pero sí saben que deben portarse bien (según los parámetros de las personas adultas o de las autoridades) para obtener algo de él: “soy bueno, entonces me debes un juguete”.

¿Queremos que esta situación continúe? Estoy seguro de que no, pero para ello es necesario tomar conciencia. En este pequeño ensayo intentaré sacar a la luz cómo, vestidos de bondad, algunos discursos religiosos están cargados de violencia, la cual asumen los niños y niñas en sus procesos normales de socialización. Interpretaciones erróneas de textos de la Biblia inducen a la crueldad, a la vez que dogmas milenarios afirman la bondad del dolor y el sacrificio. La invitación a imitar la vida de los santos hace que muchos sientan deseos de leer sus textos y terminen pensando como ellos sin cuestionarse para nada. Esto no es más que una primera aproximación, un esbozo que deberá ser completado ulteriormente.

Una reflexión inicial

La mejor manera de tener niños y niñas sanos, emocional y espiritualmente hablando, es asegurándoles una sana educación acompañada de una formación que les brinde las herramientas necesarias para responder de manera responsable a los retos que se les presentarán a lo largo de la vida. Cabe, obviamente, hacerse la pregunta: ¿dónde y quiénes brindan esta educación?

Los procesos de socialización por los que pasamos todos los seres humanos forman parte de la formación e información de la que hablamos. Estos procesos tienen diferentes etapas y muy variados agentes, que van desde los padres de familia, los maestros y profesores hasta los catequistas, los compañeros y compañeras del barrio. La influencia, por supuesto, de unos y otros, es diferente. En algunos casos la información que brindan las amistades tendrá más peso que las reflexiones de los propios padres y madres de familia. ¡Helàs!

En la psicología clínica existe una teoría llamada *análisis conciliatorio*. Este constituye un planteamiento que enfrenta al individuo con el hecho de que es responsable de lo que le ocurrirá en el futuro, cualquiera que haya sido su pasado. Distingue tres elementos activos en la elaboración de la personalidad: el Padre, el Adulto y el Niño. Su objetivo es el fortalecimiento y la emancipación del Adulto respecto de los clisés arcaicos del Padre y del Niño, con el fin de hacer posible la libertad de elección y la creación de nuevas opciones. Se aplica a una enorme diversidad de problemas: conyugales y de atraso infantil, de retraso mental, de violencia, de rebelión de los estudiantes, de prejuicio racial, de creatividad, de adolescencia, de religión y de problemas internacionales, incluida la guerra.

Quienes proponen este tipo de acercamiento parten de una premisa que vale la pena mencionar brevemente en este ensayo, a saber, “(Si) Yo estoy bien, tú estás bien”². Th. Harris dice que, sin embargo, los niños de tres años juegan con frecuencia el juego “el mío es mejor que el tuyo”, el cual les ayuda a aliviar momentáneamente el *yo estoy mal*. En efecto, los adultos saben con certeza lo que los niños deben hacer, cómo lo deben hacer, cuándo y dónde deben hacerlo. Los regaños y la violencia misma tienen su origen en esa certeza de *estar bien* de los adultos, lo que implica a su vez que los niños y las niñas *están mal* y deben corregir su manera de comportarse. Así tenemos esta otra versión de la primera premisa: *Yo estoy mal, tú estás bien*. El *yo estoy mal* de niños y niñas lo han recibido de los adultos y podría significar: “yo solo mido sesenta centímetros, soy indefenso, soy frágil, soy sucio, no hago nada bien, soy torpe”³ frente a un *tú estás bien*

2 Véase la obra de Thomas Harris. *Yo estoy bien, tú estás bien*. Barcelona: Grijalbo, 1976.

3 *Ibíd.*, p. 95.

que significa “tú mides metro ochenta, eres fuerte, siempre tienes razón, conoces todas las respuestas, eres elegante, tienes sobre mí un poder de vida y muerte, puedes pegarme y hacerme daño y sigues estando bien”⁴. Ante este injusto estado, cualquier alivio es bienvenido: un empujón, llegar primero, burlarse de los errores de la hermana, tener más juguetes.

Los dogmas religiosos son una invitación a no pensar. Lo cierto es que las ideas que circulan por medio de los dogmas pueden incluir conceptos buenos y también juiciosos. No obstante, el dogma es malo en sí mismo, porque se lo debe aceptar como bueno sin previo examen. Los niños deben aceptar los dogmas de sus padres y madres, de los adultos que los rodean, de las autoridades religiosas. El *yo estoy bien* de los dogmas presente en los discursos religiosos se opone al *estar siempre mal* de todos, principalmente de los niños y las niñas, que ya desde su mismo nacimiento se encuentran en situación de *pecado* por una herencia de la humanidad.

El mensaje de *Yo estoy bien-Ustedes Vosotros estáis bien* se ha retorcido una y otra vez hasta convertirlo en una posición de *no-sotros estamos bien-vosotros estáis mal*. Bajo este lema se ha perseguido a los judíos, se ha establecido como algo moral y legal el racismo, se han desencadenado frecuentes guerras religiosas, se ha condenado a las brujas a la hoguera y se ha asesinado a los herejes.⁵

La realidad, ya lo sabemos, es otra. No es fácil ser padres o madres: nadie nos enseña cómo hacerlo, no se nos prepara para tan delicada tarea. La verdad es que *no estamos bien* y eso mismo

4 Ídem.

5 Ibídem, pp. 344-345.

transmitimos a los que nos rodean. Muchos catequistas, amigos, sacerdotes, pastores, profesores y maestros *no están bien*. Esa violencia interna se proyecta en los más indefensos, quienes se ven irrespetados.

Todo lo que sucede ante el niño deja en él una huella [...] tanto su manera de ser como su carácter dependen de esos millares de pequeñas acciones imperceptibles que se desarrollan a cada momento y a las cuales no prestan atención.⁶

Si queremos que nuestros hijos pequeños lleguen a ser adultos equilibrados, debemos comenzar por respetarlos: respetar sus tiempos, sus miedos, sus necesidades, sus esperas, sus cuerpos, sus deseos. En definitiva, el mejor modo de ayudar a los niños y las niñas es ayudar a las personas adultas que les rodean.

Antes de abordar el tema que nos ocupa, haremos una pequeña digresión, muy breve, relacionada con los lugares y personas que, durante los primeros años de vida de los niños y niñas, se ocuparán de brindar la formación e información que se convertirá en la pauta o guía para el resto de sus días.

I PARTE. La socialización

Entendemos la socialización como el influjo que la sociedad ejerce en el individuo en cuanto proceso que moldea al sujeto y lo adapta a las condiciones de una sociedad determinada. Subjetivamente sería la respuesta o reacción del individuo a la sociedad. Por otro lado, la socialización es vista por los sociólogos como el proceso mediante el cual se inculca la cultura a los miembros de

6 E. Durkheim. *Educación y sociología*. Barcelona: Península, 1990, p. 73.

la sociedad; a través de este, la cultura se va transmitiendo de generación en generación, los individuos aprenden conocimientos específicos, desarrollan sus potencialidades y habilidades necesarias para la participación adecuada en la vida social y se adaptan a las formas de comportamiento organizado característico de su sociedad.

1. Tipos de socialización⁷

Se habla de dos tipos de socialización. En primer lugar, está la socialización primaria. Es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella, los niños y niñas se convierten en miembros de la sociedad. Se da en los primeros años de vida y se remite al núcleo familiar. La principal característica es una fuerte carga afectiva. La socialización primaria finaliza cuando el concepto del otro generalizado se ha establecido en la conciencia del individuo. A esta altura la persona ya es miembro efectivo de la sociedad y está en posición subjetiva de un yo y un mundo.

Tenemos, en segundo lugar, la socialización secundaria. Se refiere a cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad. Es la internalización de submundos (realidades parciales que contrastan con el mundo de base adquirido en la sociología primaria) institucionales o basados sobre instituciones. El individuo descubre que el mundo de sus padres no es el único. La carga afectiva es reemplazada por técnicas pedagógicas que facilitan el aprendizaje. Se caracteriza por la división social del trabajo y por

7 Véase para este tema <http://www.monografias.com/trabajos12/social/social.shtml#co#co>, accesado el 3 de octubre de 2008.

la distribución social del conocimiento. Las relaciones se establecen por jerarquía. Aquí podemos ubicar la escuela, el barrio, los medios de comunicación, las iglesias, entre otros.

2. Agentes de socialización

Los que saben afirman que existen diversos agentes de socialización, que juegan un papel de mayor o menor importancia según las características peculiares de la sociedad, de la etapa en la vida del sujeto y de su posición en la estructura social.

En las sociedades llamadas complejas, el proceso de socialización es también más complejo. Se puede decir que la sociedad total es el agente de socialización y que cada persona con quien se entre en contacto es, en cierto modo, un agente de socialización. Entre la gran sociedad y la persona individual existen numerosos grupos pequeños, que son los principales agentes de socialización de la persona. El comienzo natural del proceso para cada niño recién nacido es su inmediato grupo familiar, pero este pronto se amplía con otros varios grupos.

En la historia de la humanidad, la familia ha sido la agencia de socialización más importante en la vida del individuo. Sin embargo, los cambios sociales producidos por los procesos de industrialización y modernización han llevado a una pérdida relativa de la relevancia del grupo familiar ante la irrupción de otras agencias socializadoras como el sistema educacional, los grupos de amigos y los medios masivos de comunicación. En todo caso, la familia es el primer agente en el tiempo; durante un lapso más o menos prolongado tiene prácticamente el monopolio de la socialización y, además, especialmente durante la infancia, muchas

veces selecciona o filtra de manera directa o indirecta a las otras agencias, escogiendo la escuela a la que van los niños, procurando seleccionar los amigos con los cuales se junta, controlando el acceso a la televisión, etc.

Las influencias preescolares inciden sobre el niño desde diversos puntos. Los pequeños círculos de relaciones en que participa con sus padres, parientes, amigos, niñeras y otros, tienen su importancia para mostrarle como ha de ser un buen niño.

De igual manera, el barrio, la escuela y en ciertos casos la parroquia o grupos religiosos son importantes agentes de socialización para los niños.

II PARTE. Religión y violencia

1. El sacrificio y la violencia en las religiones

Hoy en día, el diálogo entre religiones adquiere una nueva dimensión y urgencia: creyentes de diversas religiones, no sólo viven juntos, sino que en muchos lugares luchan entre sí en nombre de la religión.⁸

Si bien es cierto a nadie asombra hoy la violencia que producen las religiones, no es lo que se esperaría de ellas si pensamos que, en términos generales, todas contienen mensajes de paz, armonía, convivencia fraterna, entre otros. Sin embargo, cuidado,

8 Michael Amalados. "Las religiones: ¿violencia o diálogo?". En: *Selecciones de Teología*, vol. 43, núm. 172, oct.-dic., 2004, p. 265.

eso no es más que apariencia: los lenguajes que se producen en el seno mismo de las religiones son extremadamente violentos; las absolutizaciones de sus dogmas son una invitación clara y explícita a la violencia; el carácter misionero de muchas iglesias se convierte muchas veces en el pretexto para perseguir y hasta eliminar a aquellos que profesan otras religiones o creencias.

El sacrificio es un dato general de la historia de las religiones; representa un elemento de la alianza entre la divinidad y la humanidad. La palabra “sacrificio”, como sabemos, viene del latín *sacrificium*, “sacrum” y “facere”, es decir, “hacer” algo “sagrado”, convertir algo en “sagrado”, que, a su vez, quiere decir “separado”. El sacrificio pretende restablecer un orden perdido por alguna razón. Se inmola una víctima para aplacar la ira de dioses, espíritus o fuerzas cósmicas y para alcanzar la reconciliación.

Los sacrificios instauran una división casi geográfica de ámbitos: por un lado, lo sagrado y, por otro, lo profano. En la vida misma se realizan acciones “sagradas” y “profanas”. *El sacrificio es necesario para la tranquilidad pública y la paz.*⁹

Los egipcios realizaban sacrificios y tenían responsables (sacerdotes) para hacerlos; lo mismo, los cananeos y los romanos. Del judaísmo hemos recibido, sin lugar a dudas, una herencia especial en cuanto a sacrificios se refiere (holocaustos, sacrificios expiatorios, ofrendas de paz). El Antiguo Testamento conoce una gran variedad de sacrificios y que son objeto de una legislación en el libro del Levítico (Lv 1-7).

9 José Comblin. “El sacrificio en el cristianismo”. En: *Selecciones de Teología*, vol. 41, núm. 164, oct.-dic., 2002, p. 329.

Según Mircea Eliade¹⁰, para las comunidades que han practicado y/o practican los sacrificios, los rituales de inmolación revisiten una fuerza y una necesidad fundamentales. Es, en efecto, la condición de toda creación, el requisito indispensable que ha de llevarse a cabo para la consecución de cualquier obra de importancia. El sacrificio cruento surge con la aparición de la agricultura; las comunidades que, por medio de la siembra y la recolección comienzan a tomar conciencia del ciclo en el que se inscribe todo lo existente, comienzan también a comprender que la vida sólo puede surgir a partir de algo que muere (“En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto”, Jn 12, 24). Toda creación implica una transferencia de la vida; a través del sacrificio, se proyecta la energía y la vida de la víctima sobre la obra que se pretende crear. En *Herreros y alquimistas*, el sacrificio se suele presentar como el requisito previo de toda fabricación; se basa en “la idea de que la vida sólo puede engendrarse partiendo de otra vida que se inmola”. En *La prueba del laberinto*, se dice de un modo similar que toda vida implica la muerte de otros seres: para vivir hay que matar. Esta terrible paradoja constituye quizá el rasgo fundamental de la mentalidad arcaica; es una manera de comprender la vida como íntimamente relacionada con la muerte, y viceversa. El sacrificio, cuyo principal movimiento es el de dar muerte, otorga en cambio fecundidad, hace crecer. En este sentido, vida y muerte no se entienden como contradictorios, sino como complementarios.

Por otro lado, todo rito sacrificial concreto tiene su explicación y su justificación, su razón de ser, en historias fundacionales, re-

10 Si bien es cierto el tema es desarrollado en varias de sus obras, puede verse, por ejemplo, Mircea Eliade, *Tratado de Historia de las Religiones*. Madrid: Cristiandad, 1981, pp. 344-356.

latos mitológicos, que la propia cultura ha elaborado, convirtiéndolas en mitos. En este sentido, el sacrificio no es más que la repetición de un mito cosmogónico, es decir, la escenificación del acto primordial que creó el mundo.

En su famoso *Tratado de historia de las religiones*, Eliade estudia los sacrificios agrarios, haciéndonos ver cómo descansan en actos primordiales que tuvieron lugar *ab initio*. En este sentido, el rito no sólo es una repetición escenificada de la creación, sino, al tiempo, una reproducción de la creación originaria. Su función es la regeneración de la fuerza sagrada que sustenta todo lo real, la reconciliación entre el hombre y la naturaleza. En el tema del sacrificio, el hombre primitivo, dice Eliade, entiende que todas las cosas y acciones, que para él y su cultura están dotadas de un significado, repiten o imitan un arquetipo, un modelo establecido desde los orígenes. Todo lo que tiene realidad, la tiene porque reitera y perpetúa conductas míticas fundacionales. Todo gesto importante lo es por esa repetición de lo que ocurrió al principio de los tiempos. Para Eliade, todo rito es “una copia del acto primordial de la creación del mundo”. El sacrificio que se ejecuta cuando se edifica una casa, el que se realiza para la fertilidad de las cosechas, etc., “no es sino la imitación, en el plano humano, del sacrificio primordial celebrado in *illo tempore* para dar nacimiento al mundo”.

1.1 El sacrificio en el cristianismo

En todo sacrificio hay víctimas en quienes se “concentra” el pecado; sobre ellas recae toda la culpabilidad. Al matar a la víctima, se restaura la paz y la felicidad. Jesús es la víctima sacrificada para alcanzar la remisión de los pecados de todos.

En el Antiguo Testamento, los profetas introducen una novedad: Dios prefiere la justicia y la obediencia, aspecto que será retomado por los Padres de la Iglesia. Por ejemplo, para Ireneo de Lyon los sacrificios de la antigua alianza son solamente una figura, mientras que, en la nueva alianza, el sacrificio es instituido por los gestos y palabras de Cristo durante la última cena.

1.1.1 El sacrificio de Cristo y la eucaristía

La Iglesia Católica celebra este sacrificio transmitido por los apóstoles, esto es, la Eucaristía¹¹. La dimensión sacrificial de la eucaristía es subrayada en los relatos de la institución con los verbos “entregar” y “dar”, que traducen el movimiento general de la existencia de Cristo como ser-para, como desprendimiento voluntario de su vida por el mundo.

En la celebración de la eucaristía el lenguaje sacrificial es abundante, lo que explica la expresión “el sacrificio de la misa”, canonizada por el Concilio de Trento. Según este Concilio, la misa es un verdadero sacrificio que reproduce, de manera no sangrienta, el único sacrificio de Cristo. Cristo es a la vez sacerdote y víctima. Este sacrificio es ofrecido a Dios como alabanza en la acción de gracias y por la propiciación a favor de los vivos y los muertos. Ha sido instituido por Cristo para perpetuar su único sacrificio.

Esta doctrina tiene como punto de partida la relación sacerdocio-sacrificio y se apoya en la Carta a los Hebreos, la cual afirma la excelencia y la perfección del sacrificio de Cristo, sacerdote no según el Levítico, sino a la manera de Melquisedec, quien

11 Irénee de Lyon, *Adversus Haereses*, IV, 17, 1-18, 6.

ofreció pan y vino. Cristo realiza de una sola vez la redención eterna de la humanidad:

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención. (...) diciendo: "Esta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado". Y así, con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados." (Hb 9, 11-12.20; 10, 14)

La eucaristía es sacrificio en cuanto reiteración actual, representación conmemorativa del único sacrificio de Cristo. La misa es la celebración de la autodonación de Cristo por la vida del mundo. En ella se reactualiza el desprendimiento de sí mismo de Cristo, el don de su vida. El sacrificio eucarístico está en relación de dependencia con el único sacrificio que hace presente, visible. Este sacrificio es, a la vez, don del hijo al padre y a los hermanos por el pan y el vino en un mismo movimiento. Representación es la palabra clave; expresa la relación del sacrificio de la misa en el misterio pascual; lo que se realizó una sola vez y para siempre se hace presente:

La eucaristía es un sacrificio porque representa (hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y su fruto [...] El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la eucaristía son un único sacrificio: "Es una sola y la misma víctima, es el mismo el que ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes que se ofrece a sí mismo en la cruz. Solo la manera de ofrecer difiere".¹²

12 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 1366-1367.

Cristo no es inmolado de nuevo en la eucaristía que hace sacramentalmente memoria del único sacrificio.¹³

Este es el lenguaje que se utiliza en la Iglesia Católica para hablar de la eucaristía y su relación con el sacrificio de Cristo en la Cruz. Se trata de un lenguaje, como vemos, sacrificial. Jesús ha sido sacrificado para la salvación del género humano. Era necesario que hubiese una víctima. Así estaba “pensado” desde siempre. Su muerte era necesaria. El sacrificio es necesario.

El sacrificio de Cristo en la cruz es un dogma para los católicos. En efecto, el Sínodo de Éfeso (431) confirma la fe de las Sagradas Escrituras: el Logos (la Palabra) Encarnado “se ofreció a si mismo a Dios Padre por nosotros”¹⁴. Este dogma fue explícitamente confirmado en el Concilio de Trento. Si todos los sacrificios del Antiguo Testamento, especialmente los sangrientos, fueron figuras que anticipaban el sacrificio sangriento de la cruz, y si la idea de expiación vicaria (una víctima se sacrifica en substitución por los pecados de otro) ya estaba presente en los sacrificios sangrientos de la ley mosaica, entonces se deduce que la muerte de Cristo en la cruz debe poseer el carácter de sacrificio vicario de expiación; San Pablo desarrolla esta enseñanza en su carta a los Hebreos 8-10.

A Cristo se han aplicado los textos veterotestamentarios de Isaías llamados “Cantos del Siervo Doliente” (Is 42-53). Durante todo el período patrístico, los Padres entendieron el cuarto poema del Siervo como un anuncio claro y preciso de la pasión de Cristo¹⁵.

13 Bernard Sesboue, *Jésus-Christ, l'unique médiateur*, T. 1, J. J-C 33, París: Desclée, 1988, p. 282.

14 Denzinger-Bannwart, “Enchiridion”, 122.

15 Véase AAVV, *El Siervo Doliente (Isaías 53)*. Estella (Navarra): Verbo Divino (Col. “Documentos en torno a la Biblia”, 32), 2004, p. 69.

Esta lectura la encontramos de igual forma en las primeras comunidades cristianas; así por ejemplo, está la *Carta a los Corintios* de Clemente de Roma, en la que cita Is 53, 1-2; Justino hará lo mismo en su *Diálogo con el judío Trifón* 13, 1-8; Orígenes, en su *Contra Celso*, procede de la misma manera; podríamos seguir citando textos de autores de las primeras comunidades cristianas.

De acuerdo con este tipo de lectura, que probablemente no haya variado mucho entre los cristianos, Cristo vino a morir, así debía ser.

Quiero referirme¹⁶ a un aspecto que parece ser muy importante en la tradición del cristianismo: la relación entre sufrimiento y satisfacción. Efectivamente, en la tradición del cristianismo, ha existido una relación literal entre el sacrificio –el sufrimiento, la muerte, el derramamiento de sangre– y la satisfacción, pero la satisfacción de Dios.

La satisfacción es sentirse bien: satis-facer, hacer lo suficiente, lo que hace falta para sentirse bien. Esta idea de la satisfacción es un concepto tomado del Derecho Romano. Fue introducido en la tradición del cristianismo en el siglo III por Tertuliano, originario del norte de África, de la antigua Cartago. En ese momento, el concepto no se tomó muy en cuenta, pero en el siglo XI el monje inglés Anselmo de Canterbury elaboró un tratado que se titula *Por qué Dios se hizo hombre*.

San Anselmo elaboró el concepto de esta manera: la satisfacción, en el Derecho Romano, consistía en una normativa según

16 La siguiente reflexión sigue de cerca un comentario tomado de www.ampasaler.org/geeklog/public_html/article.php?story=200505012154591, accesado el 22 de septiembre de 2008.

la cual quien había cometido una ofensa contra alguien tenía que darle la debida satisfacción, en forma tal que el otro quedase pagado, satisfecho, en cuanto a lo que se le había sustraído: honor, dignidad, fama... lo que fuese, se le devolvía; era una especie de devolución de lo que se había arrebatado; la satisfacción es la compensación que hay que dar por una ofensa.

Ahora bien, la gravedad de la ofensa se mide por la dignidad del ofendido: no es lo mismo ofender a un esclavo que a un hombre libre, y no es lo mismo ofender a un ciudadano cualquiera que al rey o al emperador. Si nos remontamos a Dios, cuya dignidad es por definición infinita, encontramos que la ofensa es de gravedad también infinita, viene a decir Anselmo. El único acto de valor infinito que puede realizar el ser humano es el pecado. Con la dignidad del ofendido se mide la gravedad de la ofensa y, si el ofendido es Dios, la ofensa es de una gravedad infinita y necesita también una satisfacción de valor infinito. Quien satisfaga el pecado debe ser un hombre, por ser él quien ha cometido la ofensa, pero debe tener capacidad de ofrecer una satisfacción infinita; eso sólo puede hacerlo Dios... y por eso “Dios se hizo hombre”.

Tal es la primera gran objeción, la grandísima objeción que merece este discurso: Dios, de quien el discurso cristiano no se cansa de repetir que es bueno, resulta ser un Padre que necesita sufrimiento, muerte y sangre de su propio Hijo para quedar satisfecho.

Siguiendo a José Comblin, afirmamos que es falso el razonamiento de Anselmo, quien dice que “es imposible que Dios pierda su honor: o el pecador espontáneamente restituye a Dios el honor

que le debe, o Dios obtiene del pecador esa satisfacción”¹⁷. Se aplica a Dios el mismo raciocinio por el que se acepta lo incomprendible de la vida, el mismo fatalismo¹⁸. Dios no condiciona la reconciliación de la humanidad a ninguna expiación o satisfacción o mérito.

Permítanme externar mi opinión sobre este tema. Si Dios es un símbolo, ya lo he dicho, y las narraciones las elaboramos en sociedad, los sacrificios los necesitamos los seres humanos que elaboramos esas mismas narraciones por alguna razón más de tipo psicológico. Jesús es una metáfora de Dios, habló en nombre de Dios, fue su palabra y por hacerlo murió en la cruz. Ni fue enviado por el Padre para morir ni Dios-símbolo necesita el sacrificio de nadie para satisfacer el pecado.

Esta doctrina del sacrificio con sus víctimas toca de muy cerca nuestra problemática sobre los niños y las niñas, quienes se han convertido en esta sociedad en las víctimas de aquellos que son los representantes del poder. El lenguaje religioso necesita víctimas, como las necesitan igualmente los adultos que regresan cansados del trabajo por la tarde o noche. Los menores, que ya sabemos que nacen sucios, van a cargar con esta cruz. Las religiones, con sus sistemas de castas, mantienen y confirman esta situación.

Pero, ¿por qué permitir y continuar este estado de cosas?

17 San Anselmo, *Cur Deus homo* I, 14.

18 José Comblin. “El sacrificio en el cristianismo”. En: *Selecciones de Teología*, vol. 41, núm. 164, oct.-dic., 2002, p. 333.

2. Biblia y lenguajes religiosos violentos

La Biblia es un texto que reúne cientos de experiencias de pueblos y personas de épocas y lugares muy diversos. Esta obra está muy lejos, desde muchas perspectivas, de nuestro ser latinoamericano; esto es cierto si pensamos que en nuestro continente no estamos acostumbrados, por ejemplo, a las ovejas o al trigo como tampoco a los desiertos –y, por tanto, a la escasez de agua– o a las aceitunas. La tradición cristiana que corre por nuestras venas nos hace comprender hoy sin dificultad de qué se trata; probablemente todos y todas recordemos homilías o sermones de pastores o sacerdotes que intentaban explicar y hasta actualizar el mensaje bíblico. Sin embargo, la Biblia pertenece a otro u otros pueblos, a otras culturas: el universo que describe es diferente del nuestro; la comprensión del mundo es igualmente otra. Encontramos en ella gran cantidad de relatos de una violencia escandalosa. Nuestras mentes estrechas y nuestro rechazo del cuerpo han bautizado todas esas acciones, naturales algunas y hasta normales, como pecado.

Nuestra tendencia natural a hallar el origen o la explicación de cuanto nos rodea y sucede nos conduce con frecuencia a errores. Sin duda alguna, como afirma Adolphe Gesché¹⁹, el mal “es lo más irritante que hay en el mundo. Perturba a la vez el corazón y la razón” y necesitamos con urgencia saber de dónde viene, a qué se debe, cómo es posible. Esta urgencia nos ha llevado a espiritualizar, moralizar y dogmatizar lo que probablemente tenga una respuesta más sencilla.

19 *El mal*. Salamanca: Sígueme, 2002, p. 15.

Las respuestas que damos a lo desconocido es lo que llamamos *mitos*. Tanto la Biblia como nuestra sociedad compleja del siglo XXI explican cuanto sucede por medio de mitos. Estos aparecen y luego dan lugar a otros en función de muchos factores cambiantes. Los mitos son narraciones simbólicas cuya principal característica es su ser dinámico, cambiante.

Lo que fue suficiente para explicar alguna situación particular en la Biblia hoy no lo es o, por lo menos, no debería serlo. Los mitos bíblicos no nos pertenecen; son de otras culturas y tiempos, aunque muchos de los temas sean preocupaciones compartidas por la humanidad entera. Muchos textos bíblicos atribuyen a Dios actos de violencia que nos asustan y, por eso mismo, los dejamos de lado o les aplicamos una hermenéutica piadosa que nos alivia, al menos momentáneamente. José María Mardones dice, respecto del mito, lo siguiente:

El mito es en realidad el relato de un “linchamiento fundador camuflado” [...] El mito viene a ser la explicación dada por los linchadores acerca de lo que ha ocurrido con la culpabilidad de la víctima [...] La meta de los mitos y aún de la filosofía clásica es ocultar la violencia fundadora; la de la Biblia, desvelarla [...] En la Biblia se avanza hacia el desvelamiento del mecanismo victimatorio ...²⁰

En la Biblia se habla de Adán y Eva y encontramos al menos dos relatos de creación en el libro del Génesis. Adán y Eva son símbolos de la vida en sus orígenes. Así fue como los hombres y mujeres bíblicos explicaron el origen de la vida. Lo mismo han hecho hombres y mujeres de otros horizontes geográficos,

20 *El retorno del mito*. Madrid: Editorial Síntesis (Col. “Hermeneia”), 2000, pp. 128-129.

y sus explicaciones no son menos válidas. Pero con la vida y el encuentro del otro vienen las tensiones, los desencuentros, los malentendidos, el mal.

¿Cómo se explicaron esos pueblos orientales el origen del mal? Basta con continuar la lectura de los primeros capítulos del libro del Génesis para encontrar la respuesta. Este mismo problema es objeto de la reflexión de Pablo en la Carta a los Romanos. En efecto, el tema de la salvación aparece desde los versículos iniciales de esta Carta (1, 16-17): el evangelio es una fuerza de Dios para la salvación de todos. Pero ¿salvarse de qué? Del pecado.

Si bien es cierto nuestra intención no es desarrollar en este espacio el tema del pecado, si parece oportuno para nuestros fines mencionar uno relacionado, el tema del pecado original.

2.1 El pecado original

C. Baumgartner define de la siguiente manera el pecado original:

La expresión “pecado original” designa primeramente el estado, la situación o la condición “pecadora” presente en la que todo hombre viene al mundo. El hombre entra, por el nacimiento, en una humanidad pecadora, y, a causa de esta pertenencia, comienza a existir privado de la gracia e inclinado al mal.²¹

El Catecismo de la Iglesia Católica²², por otro lado, habla de una *verdad esencial de la fe*, de un acto revelado, cuando se refiere al

21 *El pecado original*. Barcelona: Herder (Col. “El Misterio Cristiano. Teología dogmática”, 13), 1981, p. 21.

22 Catecismo de la Iglesia Católica. Primera parte, artículo 1, párrafo 7, núm. 388-389.

pecado original. Dice que Dios creó al hombre²³ a su imagen y semejanza en un estado inicial de pureza (criatura espiritual²⁴), pero luego fue tentado por el diablo prefiriéndose a sí mismo en lugar de Dios. Así es como Adán y Eva pierden la gracia original e introducen el pecado en el mundo, es *el primer pecado del hombre* y se cita el texto de Romanos 5, 19, que dice que *por la desobediencia de un solo hombre la multitud fue constituida pecadora*. El Concilio Vaticano II amplía diciendo que el pecado consistió en abusar de la libertad levantándose contra Dios²⁵.

El Magisterio de la Iglesia Católica se pronunció por primera vez sobre este tema en el Concilio de Cartago (418) en el contexto de la herejía pelagiana. Para los pelagianos, el pecado original es el pecado actual; así, los recién nacidos se encuentran exentos del pecado original por su incapacidad de transgredir la ley de Dios. El texto del XVI Concilio de Cartago en su numeral 2 dice lo siguiente:

Quienquiera niegue que los recién nacidos deben ser bautizados o diga que es por la remisión de los pecados que se les bautiza y que no tienen nada en ellos del pecado original de Adán que el baño de la regeneración expiaría, lo que trae como consecuencia que para ellos la fórmula del bautizo “en remisión de los pecados” no tiene un sentido verdadero sino falso, sea anatema...²⁶

El Segundo Concilio de Orange (529) retoma el tema y confirma, en sus dos primeros cánones, la doctrina del pecado ori-

23 El Catecismo de la Iglesia Católica utiliza el término “hombre” para hablar de hombres y mujeres.

24 Ídem.

25 *Gaudium et spes* 13, 1.

26 La traducción es del autor del presente artículo. El texto ha sido tomado de *Textes doctrinaux du magistère de l'église sur la foi catholique*. París: Editions de L'Orante, 1975, p. 166.

ginal²⁷. El pecado original se transmite por *propagatione, non imitatione*, es decir, los niños son pecadores desde su nacimiento, desde su entrada en la historia humana.

El Concilio de Trento (1546) sobre este tema se inscribe en el contexto de la discusión con Martín Lutero. Para este, el ser humano sigue siendo pecador, pero sin que se le impute el pecado. El Concilio condena de nuevo las doctrinas pelagianas, así como las maniqueas y las priscilianistas, las cuales negaban la existencia del pecado original en los recién nacidos de matrimonios cristianos.

Del Concilio de Trento pasamos a la bula papal *Ex omnibus afflictionibus*, de Pío V en 1567, en la que se condena la doctrina de Bayo, quien afirmaba que no hay tal pecado original, sino que se trata de una propensión, por parte del ser humano, al pecado, una perversión de la voluntad humana.

Este resumen explicita la doctrina de la Iglesia Católica vigente hasta nuestros días. Pero ¿de dónde viene?, ¿quién es su iniciador?

En el 396, Agustín de Hipona introduce, en la tradición cristiana, la fórmula *peccatum originale*. La encontramos en repetidas ocasiones en sus escritos en el contexto de la disputa contra Pelagio y sus seguidores. En el párrafo primero, capítulo I, de los tratados sobre la gracia²⁸, cita un libro que, en relación con el tema del bautismo de los niños, Pelagio leía a la gente; Agustín dice lo siguiente:

27 *Ibidem*, pp. 167-168.

28 *Del Pecado Original* II, 1, 1. En: Obras de San Agustín. *Tratados sobre la gracia*. Vol. VI. Madrid: BAC, 1971, p. 350.

Vosotros mismos me habéis escrito que oísteis a Pelagio en persona, leyéndoos de un acerca del cual afirmaba que lo había enviado a Roma, que él y sus partidarios sostienen “que los niños deber ser bautizados con las mismas palabras con que se bautiza a los adultos”...

La doctrina sobre el pecado original en Agustín tiene cuatro dimensiones²⁹, a saber, 1) el pecado de Adán y su castigo son heredados; 2) el alma del niño es culpable; 3) los pecados del niño son reales, graves y heredados por vía de generación; 4) el bautismo es el medio necesario de salvación para todos, incluidos los niños. ¿Cuáles son los argumentos?

Pelagio afirmaba que “el pecado de Adán a éste solo dañó, y los niños al nacer se hallan en el mismo estado que Adán antes de su prevaricación”³⁰, o también “Todo el bien o el mal por el cual somos dignos de alabanza o vituperio no nace juntamente con nosotros, sino que nosotros mismos lo ejecutamos; nacemos con la capacidad de lo uno y de lo otro”³¹. De igual forma cita Agustín a Pelagio –de manera un tanto graciosa– en un sermón³² sobre la universalidad del pecado: “...algunos odres inflados, llenos de aire vano, grandes, y no por la masa, sino por la enfermiza hinchazón de su orgullo, osan decir que hay hombres sin pecado”.

A estos argumentos Agustín responde con su doctrina del pecado original: “Si, pues, todos los hombres, que, según sentencia del Apóstol, mueren en Adán, de quien ha pasado el pecado

29 Véase A. D. Fitzgerald. *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través de los tiempos*. Burgos: Monte Carmelo, 2001, pp. 1019-1020.

30 *Del Pecado Original* II, 10, 11. *Ibíd.*, pp. 359-360.

31 *Del Pecado Original* II, 13, 14. *Ibíd.*, p. 363.

32 *Sermón* 181, 2. En: *Obras de San Agustín. Sermones*. Vol. VII. Madrid: BAC, 1964.

original a todo el género humano...”³³. Agustín lee el libro del Génesis y a san Pablo en la Carta a los Romanos y de la interpretación que hace de ambos obtiene su doctrina. Permítanme transcribir un texto que me parece fundamental:

Todo el linaje humano que se había de propagar por medio de la mujer en sus hijos y generación existió en el primer hombre cuando los dos primeros casados recibieron la divina sentencia de su condenación; y lo que fue hecho el hombre, no cuando le crió Dios, sino cuando pecó y fue castigado, eso fue lo que engendró respecto al origen del pecado y de la muerte.

No quedó el hombre reducido con el pecado o con la pena a la ignorancia y debilidad del alma y cuerpo que observamos en los niños (que en esta ignorancia e imbecilidad quiso Dios que entrasen en la vida, como los hijos de las bestias, los tiernos hijos de los padres que había condenado a una vida y muerte propia de bestias, como lo dice la Sagrada Escritura: “El hombre, cuando vivía honrado en la justicia original, no entendió, no usó de la razón, y pecando, vino a ser semejante a las bestias, que no tienen discurso ni razón, siendo mortal como ellas”; y aún observamos en los niños que en el uso y movimiento de sus miembros, y en el sentido de apetecer o evitar, son aún más débiles e indolentes que los más tiernos hijos de los demás animales, como si la virtud humana con tanta mayor excelencia se aventajase sobre todos los demás animales, cuanto más se detiene en dilatar su imperio, retirándole atrás como saeta cuando se estiva el arco); así que no sólo cayó el primer hombre con aquella su ilícita y vana presunción, o le arrojaron y condenaron con justísimo decreto a la rudeza y flaqueza de niños, sino que la naturaleza humana quedó en él corrompida y mudada, de manera que

33 *Ad Simplicianum* I, 2, 16. En: Obras de San Agustín. *Tratados sobre la gracia* (2). Vol. IX. Madrid: BAC, 1973, p. 98.

padeciese en sus miembros la desobediencia y repugnancia de la concupiscencia, y quedase sujeta a la necesidad de morir, y así engendrarse lo que vino a ser por su culpa y por la pena y castigo que en él hicieron, esto es, hijos sujetos al pecado y a la muerte. Y cuando los niños se libran de esta sujeción del pecado por la gracia, de Jesucristo, nuestro mediador y redentor, sólo pueden padecer la muerte que aparta y divide al alma del cuerpo, pero no pasan a aquella segunda de las penas eternas, porque están ya libres de la obligación del pecado.³⁴

Según Agustín, todos, hombres y mujeres, han pecado en Adán. Romanos 5, 12 (“Por tanto, como por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, ya que todos pecaron”³⁵) tendrá mucha importancia para completar su doctrina sobre el pecado original. Lo más importante de su doctrina quedó elaborado antes de encontrarse con este pasaje³⁶; en efecto, lo hace al leer Romanos 7 y 9. Queda claro que Agustín bebe de una doble fuente: por un lado, la doctrina de sus antecesores y, por otro, la Carta de san Pablo a los Romanos.

Los autores no están de acuerdo en cuanto a la originalidad de Agustín. Algunos como J. Gross³⁷ afirman que la tradición patristica latina del siglo IV (Hilario, el Ambrosiaster, Ambrosio), siguiendo a los latinos de los siglos II y III, habla de una solida-

34 *Ciudad de Dios* 13, 3. Disponible en http://www.iglesiareformada.com/Agustin_Ciudad_13.html, descargado el 12 de septiembre de 2008.

35 Tomado de la Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada, 1998.

36 Stanislas Lyonnet. “Rom 5, 12 chez saint Augustin, note sur l’élaboration de la doctrine augustiniennne du péché original”, en *Mélanges de Lubac*. I, pp. 327-333. Citado en C. Baumgartner, *op. cit.*, p. 137.

37 *Entstehungsgeschichte des Erbsündendogmas*, I, Von der Bibel bis Augustinus, 1960; II, Im Nachaugustinischen Altertum und in der Vorscholastik, 5-11. Jahrhundert. Citado por C. Baumgartner, *op. cit.*, pp. 128-129.

ridad en Adán pecador, solidaridad que se extiende a la muerte corporal, a los males físicos y al deterioro de la naturaleza humana; que de igual forma Paciano, Prudencio y Tertuliano lo llaman el pecado de Adán; ninguno de ellos ve en la concupiscencia mala un pecado propiamente dicho: la concupiscencia es vista como un decaimiento del orden moral heredado de Adán, no como un pecado original³⁸. Agrega que los orientales, tanto los alejandrinos como los capadocios, concuerdan con los latinos, con algunas pequeñas diferencias. A esto se opone C. Baumgartner³⁹, quien afirma que Agustín es ciertamente el padre del dogma del pecado original, pero únicamente en el sentido de que la Iglesia cobró conciencia explícita de lo que creía y afirmaba en la práctica.

También tenemos los textos de san Pablo. San Pablo no habla nunca de pecado original; el pecado entró en la humanidad como consecuencia del pecado de Adán. Este texto de la Carta a los Romanos habla de la solidaridad de los hombres con Adán, por un lado, y con Jesús, por otro. Una traducción literal de este mismo versículo que respeta el orden de las palabras, según el texto griego, sería la siguiente:

Διὰ τοῦτο ὡσπερ δι' ἐνὸς ἀνθρώπου ἡ ἁμαρτία εἰς τὸν κόσμον εἰσῆλθεν καὶ
 Por tanto, así como, por un solo humano el pecado en el mundo entró, y
 διὰ τῆς ἁμαρτίας ὁ θάνατος, καὶ οὕτως εἰς πάντας ἀνθρώπους ὁ θάνατος
 por el pecado la muerte, y que así a todos los humanos la muerte
 διῆλθεν, ἐφ' ᾧ πάντες ἥμαρτον.
 pasó en tanto que todos pecaron.

Parece ser que la partícula ἐφ' ᾧ es la que causa problema. Me he permitido traducirla por “en tanto que”. Estas tres letras han

38 C. Baumgartner, *op. cit.*, pp. 128-129.

39 *Ibid*, p. 131,

sido abundantemente comentadas. Tanto la Vetus Latina como la Vulgata traducen la expresión por *in quo*, lo que nos lleva a la consecuencia de Agustín; si traducimos de esta forma, obtenemos una solidaridad tan fuerte entre Adán y la humanidad que el ser humano pecó al mismo tiempo que Adán.

Así las cosas, importa saber qué quiere decir el relativo griego. Dado que es un relativo, necesitamos saber cuál es el antecedente. ἐφ' ᾧ es un relativo masculino o neutro; la traducción *in quo*, que podría hacer pensar que en Adán todos los hombres pecaron, obligaría a tener como antecedente la primera palabra "humano" al principio de la frase; así: "Por tanto, así como, por un solo humano el pecado en el mundo entró, y por el pecado la muerte, y que así a todos los humanos (plural) la muerte pasó en quien (el humano) todos pecaron". Hay efectivamente una coincidencia gramatical, pero muy lejana, en cuanto a la posición en la frase.

La propuesta que hago de traducir por "en tanto que" es una idea que se encuentra en un texto⁴⁰ de Stanislas Lyonnet, un poco viejito, cierto, pero que da algunas luces interesantes. El autor del texto hace un trabajo lexicográfico de la expresión en discusión en la literatura griega antigua y descubre que se acostumbra usarla en los tratados entre dos ciudades. En efecto, dos ciudades rivales en situación de guerra firman un tratado o convenio el cual estipula que, si se paga una indemnización, los territorios serán evacuados; esto significa que la evacuación supone la existencia del tratado y el pago de la indemnización. La causalidad de la evacuación del territorio es doble: de manera directa, inmediata, es el pago de la indemnización y, en depen-

40 *Les étapes de l'histoire du salut selon l'épître aux Romains*. París: CERF, 1969.

dencia de esta, refiere a otra causalidad, que es la existencia del tratado. Lyonnet propone una analogía: en el nivel de Adán, cierto tratado se firma entre el hombre y el pecado y la muerte. ¿Cuáles son las consecuencias para el hombre? Nuestro pecado depende de esta causalidad original del pacto firmado por Adán con el pecado y la muerte: esa sería la causalidad original; pero hay otra causa directa, que es nuestro propio pecado, el pecado de todos. El pecado, causalidad original, no tendría efecto si nuestro pecado no existiera; de la misma manera nuestro pecado no tendría la misma dimensión si no hubiera en el origen una causalidad adámica. Nuestra solidaridad con Adán es de este tipo. El pecado entró en el mundo y así la muerte alcanzó a todos los hombres, no solo porque todos pecaron, no porque en Adán ya éramos pecadores, sino porque Adán comenzó algo y nosotros lo confirmamos. Es una posición interesante en la que valdría la pena profundizar.

Nos haría falta, para concluir este apartado, decir unas breves palabras sobre la Carta a los Romanos para poner en su contexto el pasaje que estamos leyendo.

Primero que todo, unas pocas palabras sobre las circunstancias de envío de la carta. En la hipótesis de que Romanos 16 sea parte de la Carta, Pablo se encuentra en Corinto. Esto lo sabemos, primero que todo, por la dama encargada de llevar la carta a sus destinatarios, Febe, diaconisa de la iglesia de Cencreas, puerto de Corinto en el mar Egeo. Así, Pablo se encuentra en Corinto, nunca fue a Roma según lo aclara el texto de Romanos 15, 22. Debe ir a Jerusalén –o por lo menos tiene la intención– para llevar los frutos de la colecta que realizó en Corinto y en Macedonia para los hermanos de la Iglesia-madre. Notemos que Pablo

tiene miedo de ser mal recibido (Rm 15, 30-31); en efecto, teme ser perseguido tanto por judíos como por los judeocristianos. Otro elemento importante es que Pablo estima haber terminado su apostolado en Oriente y desea evangelizar España pasando por Roma. ¿Cuándo y dónde escribe Pablo esta carta a los romanos? Sin entrar en detalles, podríamos pensar que lo hizo durante su estadía de tres meses en Corinto (tercer viaje) de la que se habla en los Hechos de los Apóstoles 20, 1-3. Con respecto a la fecha, estaríamos hablando de los años 54-55.

Durante mucho tiempo se pensó que la Carta a los Romanos era un tratado que resume el pensamiento de su teología. Desde nuestra óptica, la Carta a los Romanos describe la situación de la Iglesia de Roma. Pero, una vez más, este no es el objetivo de este trabajo. Quisiera dar un salto al capítulo quinto, que nos interesa por su relación con el tema en discusión.

Podríamos servirnos de algunos elementos de la retórica grecorromana para describir la disposición del capítulo 5 de la Carta a los Romanos. En la retórica grecorromana, encontramos una serie de pasos que debe dar el orador. Ante todo, el orador debe captar la atención de los oyentes: todo discurso comienza con una fase de preparación del auditorio, esto es conocido como el *exordium*. Después del *exordium*, encontramos la *narratio*, que hace un recuento de los hechos, para llegar a la *propositio*, en la que el orador hace explícita su proposición (esta *propositio* es lo que llamaríamos la tesis). Siguen la *probatio*, la *refutatio* y todo esto acompañado de muchas digresiones o *disgressio*. Finalmente, después de este largo proceso tiene lugar la *peroratio*, que retoma la tesis inicial.

En el texto que estamos estudiando, los versículos 1 y 2 de este capítulo 5 parecen ser la *propositio*, seguida de una *disgressio* en los versículos 3 y 4, para regresar, en el versículo 5, a la *propositio* y entrar, a partir del versículo 6, en la *probatio*.

La *propositio* de Pablo es que por la fe hemos recibido la justificación y así estamos en paz con Dios, por Jesucristo. De esta manera Pablo introduce una reflexión sobre la paz, la gracia, la esperanza y la gloria. Inmediatamente después de esta *propositio*, viene un pasaje bastante comentado y difícil; es el famoso paralelismo entre Adán y Jesucristo (Rm 5, 12-21). Nuestra situación presente, en Cristo, toma toda su significación en contraste con la situación del hombre en el pecado, tal y como se manifestó con Adán. Este pasaje contiene una serie de paralelismos que funcionan con razonamientos *a fortiori* y cuya articulación principal es “el pecado de Adán concierne a todos los hombres; *a fortiori* el acto salvador de Jesús los concierne también a todos”; esto se repite cinco veces. Es muy importante prestar atención al vocabulario de esta sección que, como decíamos, funciona por medio de paralelismos. Tenemos:

pecado	gracia
muerte	vida
falta	don
sentencia	justificación
condena, desobediencia	obediencia

En esta serie de opuestos, el versículo 17 es fundamental; en efecto, es la última vez que se utiliza la palabra “muerte” y la primera aparición del vocablo “vida”. Así, se pasa de una situación inicial de pecado-muerte a otra de vida, al punto de que se

olvida las primera. El versículo 12 que nos interesa nos habla de la situación actual de los creyentes justificados.

Otro elemento esencial para la comprensión de este pasaje es el significado de la palabra “muerte”. En Pablo podríamos distinguir al menos cinco sentidos diferentes:

- La muerte física de Cristo.
- La muerte física de cualquier ser humano.
- La muerte mística del creyente con Cristo (debemos morir en Jesús).
- El régimen de la muerte: la muerte soberana, la muerte que reina así como reina el pecado.

Esta última acepción es la que debemos utilizar en el texto de Romanos 5, 12: la muerte como imperio; el pecado entró en el mundo y por el pecado la muerte, séquito de la muerte que irrumpe y establece su poder, como en Romanos 6, 9. Así las cosas, no se puede deducir de este pasaje que el llamado “hombre original” no hubiera muerto físicamente si no hubiese habido pecado. No se trata de la muerte física de un ser humano, sino del reino de la muerte: el pecado introduce un régimen de muerte inaugurado con Adán y que nosotros hemos mantenido con nuestros pecados personales.

Aunado a lo anterior, tenemos el hecho de que Pablo utiliza varios términos con significados diferentes para hablar del pecado de Adán. En efecto, según James Dunn⁴¹, Pablo utiliza *parábasis* (transgresión; 5, 14), *paraptoma* (delito; 5, 15-20)

41 *The Theology of Paul the Apostle*. Edinburg: T&T Clark, 1998, p. 96.

y *parakoe* (desobediencia; 5, 19). Como decíamos, el pecado, *hamartia*, solo es contado cuando hay ley; solo la trasgresión es contabilizada.

En este pasaje, como vemos, hay una relación estrecha con ley. Hay también una solidaridad entre la ley y el pecado. Esto nos envía a Romanos 3, 20, donde leemos ya que “nadie será justificado ante él por las obras de la ley, pues la ley no da sino el conocimiento del pecado”. Por otro lado, leemos en 5, 13: “porque, hasta la ley, había pecado en el mundo, pero el pecado no se imputa no habiendo ley” y en 5, 20: “La ley, en verdad, intervino para que abundara el delito; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”.

En este texto queda claro que Pablo cree firmemente que la muerte no formó parte de la creación, sino que fue el resultado del pecado. La muerte para todos los hijos de Adán es el resultado de la trasgresión de Adán, y todos mueren porque todos pecan.

En fin, Pablo intenta, como muchos de nosotros hoy, explicar o darle sentido a la dura realidad del pecado y la muerte.

2.1.1 Primer excursus: Agustín y los niños

Agustín no elabora un tratado sobre los niños; no es esa su intención. Sí se detiene a revisar las diferentes etapas de su vida, entre ellas su infancia, niñez y adolescencia. Sin pretender ser simplista, pareciera que el vocablo “pecado” es la clave de lectura y comprensión de todo su análisis. Por analogía, encuentra pecado en sus primeros días de vida; prestemos atención a este texto:

Por lo cual puede pensarse que un niño es siempre inocente si se considera la debilidad de sus fuerzas, pero no necesariamente si se mira la condición de su ánimo. Tengo la experiencia de un niño que conocí: no podía aún hablar, pero se ponía pálido y miraba con torvos ojos a un hermano de leche.⁴²

○ este otro texto:

Pecaba obrando contra el querer de mis padres y de aquellos maestros. Pero pude más tarde hacer buen uso de aquellas letras que ellos, no sé con qué intención, querían que yo aprendiese. Si yo desobedecía no era por haber elegido algo mejor, sino simplemente por la atracción del juego. Gozábame yo en espléndidas victorias, y me gustaba el cosquilleo ardiente que en los oídos dejan las fábulas. Cada vez más me brillaba una peligrosa curiosidad en los ojos cuando veía los espectáculos circenses y gladiatorios de los adultos. Quienes tales juegos organizan ganan con ello tal dignidad y excelencia, que todos luego la desean para sus hijos. Y sin embargo no llevan a mal el que se los maltrate por el tiempo que pierden viendo esos juegos, ya que el estudio les permitiría montarlos ellos mismos más tarde. Considera, Señor, con misericordia estas cosas y líbranos a nosotros, los que ya te invocamos. Y libra también a los que no te invocan todavía, para que lleguen a invocarte y los salves.

2.1.2 Segundo excursus: Agustín y su época

Por honestidad académica, debemos recordar que Agustín es hijo de una época, y eso no podemos obviarlo. Hereda prácticas y creencias de un mundo tan complejo como el nuestro. En este espacio no se puede ahondar en este aspecto, pero sí debemos

42 *Confesiones* I, 7, 1.

tenerlo presente para no caer en anacronismos. Agustín fue un niño como cualquier otro. Leamos algunos textos alusivos:

¡Cuántas miserias y humillaciones pasé, Dios mío, en aquella edad en la que se me proponía como única manera de ser bueno sujetarme a mis preceptores! Se pretendía con ello que yo floreciera en este mundo por la excelencia de las artes del decir con que se consigue la estimación de los hombres y se está al servicio de falsas riquezas. Fui enviado a la escuela para aprender las letras, cuya utilidad, pobre de mí, ignoraba yo entonces; y sin embargo, me golpeaban cuando me veían perezoso. Porque muchos que vivieron antes que nosotros nos prepararon estos duros caminos por los que nos forzaban a caminar, pobres hijos de Adán, con mucho trabajo y dolor.⁴³

Pequeño era yo; pero con ahínco nada pequeño te pedía que no me azotaran en la escuela. Y cuando no me escuchabas, aún cuando nadie podía tener por necia mi petición, las gentes mayores se reían, y aún mis padres mismos, que nada malo querían para mí.⁴⁴

Lo que nos faltaba no era ni la memoria ni el ingenio, pues nos los diste suficiente para aquella edad; pero nos gustaba jugar y esto nos lo castigaban quienes jugaban lo mismo que nosotros. Porque los juegos con que se divierten los adultos se llaman solemnemente “negocios”; y lo que para los niños son verdaderos negocios, ellos lo castigan como juegos y nadie compadece a los niños ni a los otros. A menos que algún buen árbitro de las cosas tenga por bueno el que yo recibiera castigos por jugar a la pelota. Verdad es que este juego me impedía aprender con rapidez las letras; pero las letras me permitieron más tarde juegos

43 *Confesiones* I, 9, 1.

44 *Confesiones* I, 9, 2.

mucho más inadmisibles. Porque en el fondo no hacía otra cosa aquel mismo que por jugar me pegaba. Cuando en alguna discusión era vencido por alguno de sus colegas profesores, la envidia y la bilis lo atormentaban más de lo que a mí me afectaba perder un juego de pelota.⁴⁵

2.1.3 Primeras conclusiones

- a. El lenguaje que Agustín utiliza relacionado con los niños es extremadamente violento. Agustín ve pecado en todo y por todas partes. Un primer acto ejercido contra niños y niñas es resultado de la doctrina del pecado original: *los niños nacen sucios*; quienes tienen el poder de limpiar, deben hacerlo inmediatamente. Todos recordamos frases grotescas que golpean nuestros oídos con respecto a niños y niñas no bautizados: son animalitos. Pues bien, Agustín dirá que son peor que las bestias.

- b. El libro del Génesis es el desarrollo de una serie de símbolos propios de una cultura muy lejana y diferente de la nuestra, con sus mitos igualmente distintos de los nuestros. Adán y Eva son personajes mitológicos, no son personajes históricos. La Biblia, como decíamos, está toda ella atravesada por narraciones mitológicas. No podemos partir de los textos bíblicos para dar explicaciones a nuestras inquietudes. Los pueblos de la Biblia dieron sus explicaciones según sus posibilidades; nosotros debemos hacer hoy lo mismo. ¿Cómo podemos mantener la idea de una pareja que nació en un estado de pureza?

45 *Confesiones* I, 9, 3.

- c. La interpretación paulina de Génesis puede estar marcada en parte por interpretaciones de su época⁴⁶. Lo que domina en su retrato de Adán es su teología de Jesús. Esto quiere decir que Pablo no ha leído el Génesis y gracias a esa lectura comprendió a Jesús. Al contrario, primero comprendió a Jesús y después el Génesis.
- d. La doctrina paulina de la universalidad del pecado y de la muerte viene de la observación del mundo tal cual y Pablo utiliza el relato del Génesis con este objetivo. Lo mismo ha hecho el autor o autores del Génesis: parten del mundo que conocen.
- e. El interés de Pablo no es el pecado de Adán, sino la gracia abundante de Cristo.
- f. Debo ser coherente en cuanto a mi manera de posicionarme con respecto a la Biblia. De ninguna manera puedo servirme de la Biblia para justificar prácticas en el presente. Como he dicho, la Biblia pertenece a otros pueblos, es de otras épocas, describe situaciones que no son las nuestras. Creo que Dios es un símbolo y cada uno de nosotros crea sus propios mitos (narraciones simbólicas) en función de su propia historia, de su formación, de sus experiencias, de su familia, etc. De aquí la importancia de la socialización. Los textos bíblicos no deben ser utilizados para argumentar ni a favor ni en contra de temas que nos inquieten o interesen.

46 Sobre las fuentes judías relacionadas con el pecado primordial véase F. R. Tennant. *The Sources of the Doctrine of the Fall and Original Sin*. New York: Schocken, 1968; J. J. Scullion et al., *Original Sin*. Victoria: Dove, 1975. Citados en: Raymond Brown. *Que sait-on du Nouveau Testament?* París: Bayard, 2000, p. 628.

2.2 La retribución intrahistórica

En el Antiguo Testamento se tiene por cierto que los buenos reciben premios; y los malos, castigos. La inversa también es posible: si alguien está bien, es porque es justo. Quien sufre está pagando el precio de su pecado. Esto queda muy claro en las palabras de los amigos de Job cuando le dicen:

Recuerda: ¿Qué inocente ha perecido? ¿Dónde has visto al justo exterminado? Soy testigo: quienes cultivan maldad y siembran desgracia, las cosechan. Ante el aliento de Dios perecen, ante el sople de su cólera fenecen. (Job 4, 7-9)

Si tus hijos pecaron contra él, ya los puso en poder de su delito. Pero si buscas pronto a Dios y diriges tu súplica a Shaddai, si eres intachable y recto, de inmediato velará por ti, te devolverá tus legítimos bienes. Pero Dios no rechaza al honrado ni echa una mano al malvado. (Job 8, 4-6. 20)

Voy a hablarte, escúchame, te contaré lo que he visto, lo que cuentan los sabios sin tapujos, la tradición recibida de sus padres –solo a ellos les fue dado el país y ningún extranjero se mezcló con ellos– : La vida del malvado discurre entre tormentos, son contados los años guardados al opresor; escuchan sus oídos voces de terror, lo asaltan bandidos en plena prosperidad; que no confíe en volver de las tinieblas, pues está destinado a la espada... (Job 15, 17-22)

Estos textos son claros: el bueno recibe bendiciones; y el malvado, maldiciones. Lo mismo encontraremos en toda la literatura sapiencial. Veamos estos otros pasajes:

Yahveh maldice la casa del malvado, y bendice el hogar de los justos.

(Prov 3,33)

Pues yo tenía entendido que les va bien a los temerosos de Dios, porque le temen y que no le va bien al malvado, ni alargará sus días como sombra el que no teme a Dios. (Qo 8, 12b-13)

El que teme al Señor, tendrá un buen final, el día de su muerte será bendecido. (Eclo 1, 13)

2.3 Las niñas y los niños en la literatura bíblica

Comencemos transcribiendo algunos textos bíblicos de la literatura sapiencial en los que se propone que la educación de los niños y las niñas vaya acompañada del castigo físico. Los textos hablan por sí mismos, no requieren comentarios.

El que escatima la vara odia a su hijo, mas el que lo ama lo disciplina con diligencia. (Prov 13, 24)

No escatimes la disciplina del niño (נְחִימָה / נְחִימָה); aunque lo castigues con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol. (Prov 23, 13-14)

La vara y la reprensión dan sabiduría, pero el niño consentido avergüenza a su madre. (Prov 29, 15)

El que ama a su hijo no le escatimará los azotes, para que al fin pueda complacerse en él. El que educa bien a su hijo se gozará en él, y en medio de sus conocidos podrá enorgullecerse. El que instruye a su hijo será envidiado de sus enemigos, y se alegrará por ello ante sus amigos. Si muere su padre, como si no hubiese

muerto, pues deja tras de sí un hijo que se le parece. Durante su vida se alegra al verlo, y a su muerte no se entristece. Contra sus enemigos deja un vengador, y para sus amigos quien pague los favores. Quien mimó a su hijo tendrá después que vendarle las heridas; a cada grito suyo se estremecerán sus entrañas. Un caballo no domado se torna indócil, y un hijo abandonado se torna díscolo. Mima a tu hijo y te hará temblar, juega con él y te hará llorar. No te rías con él para que no te haga sufrir y acabes rechinando los dientes. No le des libertad en su juventud, y no cierres los ojos a sus faltas. Doblega su cerviz en su juventud y túndele las espaldas de muchacho, no sea que se vuelva díscolo y desobediente y sufras la pena de ello. Corrige a tu hijo y fórmalo, no sea que su insolencia te afrente. (Eclo 30, 1-13)

También la legislación del Deuteronomio respecto de los hijos es cruel hasta la muerte:

Si un hombre tiene un hijo terco y rebelde que no obedece a su padre ni a su madre, y cuando lo castigan, ni aun así les hace caso, el padre y la madre lo tomarán y lo llevarán fuera a los ancianos de su ciudad, a la puerta de su ciudad natal y dirán a los ancianos de la ciudad: "Este hijo nuestro es terco y rebelde, no nos obedece, es glotón y borracho". Entonces todos los hombres de la ciudad lo apedrearán hasta que muera; así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel oirá esto y temerá.

Sigamos nuestro estudio definiendo de manera más precisa el vocabulario que se emplea tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo con respecto a los niños y las niñas.

En efecto, el mundo griego⁴⁷ hace unas distinciones relacionadas con los niños. Así, tenemos los niños, esclavos (*paidioi*⁴⁸); los de baja estatura, los mediocres, los que son poca cosa (*microi*); los más pequeños (*elajistoi*); los débiles (*esthenoi*); niños en baja edad (*nepioi*) y los últimos (*esjatoi*). Las fronteras entre unos y otros no están bien definidas, pero nos dan ideas interesantes con respecto a la visión que se tenía de ellos. Este no es el espacio para profundizar en estos detalles, pero adelantemos algunos pensamientos que deben ser ciertamente mejorados.

En general, los niños y las niñas en las sociedades orientales contaban muy poco, no tenían importancia y, por tanto, no se les prestaba la atención debida. Nótese, además, que este vocablo griego se puede igualmente traducir por “siervo” o “esclavo”. Legalmente los niños no eran considerados como personas, razón por la cual no gozaban de la plenitud de los derechos. Alcanzada la edad de estudiar y la capacidad de cumplir la ley, se les concedían todos sus derechos. Los niños y las niñas eran propiedad absoluta del padre, quien podía disponer de ellos a placer.

El niño, hasta que no llega a la mayoría de edad, era igual que un esclavo; la fecha de su emancipación dependía de la voluntad del padre: “Mientras el heredero es niño en nada se diferencia de un esclavo” (Gal 4,1). De hecho, al niño se le denomina indistintamente con la palabra “niño” (*pais*) y con la palabra “esclavo” (*doulos*) en el relato del oficial de Cafarnaum: en Mt 8,6 pide a Jesucristo la curación de su niño y en Lc 7,2 pide la curación de

47 Cf. Camilo Valverde Mudarra, *Los niños en la Biblia*. Tomado de <http://www.mundoculturalhispano.com/spip/spip.php?article4172> (accesado el 24 de septiembre de 2008).

48 Es el vocablo utilizado en griego para hablar de niños y niñas en términos generales sin precisión de edad. También se utiliza como sinónimo de *doulos* (siervo, esclavo).

su esclavo; esta misma identidad de significado aparece en Mt 12,18, que traduce por “niño” (*pais*) el hebreo *ebed* (esclavo) de Is 42,1.

Los padres podían vender, como esclavas, a sus hijas menores de doce años, pero siempre a un judío, con el fin de poder rescatarlas en el caso de que el comprador o su hijo no quisieran desposarlas. En tiempos de penuria económica, los judíos vendieron a sus hijos “para poder comer” (Neh 5,2.s).

Lo dicho hasta aquí no implica el desprecio o abandono de los niños y niñas a su propio destino o que no fueran queridos. Todo lo contrario: el amor de los padres a los hijos está muy constatado en la Biblia. Tener un hijo es el deseo de todo judío, sobre todo tener un varón para continuar el linaje. A este respecto podemos ver la ley del levirato, que certifica la enorme desgracia de pasar a la otra vida sin tener un hijo. El inmenso amor materno está presente en las narraciones, más o menos míticas y legendarias, de Agar y de la madre de Moisés, quienes no pueden ver morir al hijo de sus entrañas (Gén 21,16; Ex 2,2). También podemos leer los hermosos textos de los poetas y sabios:

Los hijos son plantas de olivo alrededor de la mesa. (Sal 128,33).

La corona de los ancianos son sus nietos, la gloria de los padres son sus hijos. (Prov 17,6)

De acuerdo con lo anterior, los hijos brindan honor a sus padres: “Los hijos son la corona de los ancianos” (Prov 17, 6). Y la esterilidad es considerada una prueba o un castigo de Dios, una vergüenza.

Recordemos que algunas de las expresiones del Nuevo Testamento que hemos citado para hablar de los niños y las niñas, se utilizan de igual forma para hablar de los esclavos. Esto es, sin duda alguna, sugerente. En los evangelios, Jesús nos presenta a los niños y las niñas como ejemplos: debemos ser como ellos para optar al Reino de los Cielos (Mt 18, 1-4; 19, 14; Mc 9, 33-36; Lc 9, 46-47).

3. Un asunto de poder y dominación

Este es un tema que debe ser desarrollado sin duda alguna en otro momento. Por ahora lanzaremos a la palestra solo algunas ideas.

Los niños y las niñas no pueden realizar todas sus capacidades, expandirse a plenitud, porque los adultos no se lo permitimos. Parte del problema podemos ubicarlo en la concepción misma que tenemos de ellos y nuestros sistemas de creencias que refuerzan lo anterior.

Los sistemas dogmáticos –religiosos o no– que prevalecen dan la posibilidad a los adultos de hacer cuanto creen que deben hacer con sus hijos e hijas. Pero, ¿quién garantiza que lo que creemos que debemos hacer es lo que efectivamente debemos hacer? Volviendo a los inicios de este ensayo, si *yo estoy mal* eso comunicaré. Mi posición jerárquica garantiza que se haga lo que pienso o creo. Es un asunto de poder y dominación.

Las jerarquías de las iglesias, con sus discursos sobre la revelación que han recibido de Dios, se garantizan el poder y la atención. ¿Cómo no prestarles atención si han recibido –ellos exclusivamente– el encargo directo de Dios de enseñarnos al resto de simples mortales indoctos lo que Dios mismo desea de nosotros?

Algo similar sucede cuando asumimos que nuestros hijos e hijas nos pertenecen, que son de nuestra propiedad. La Biblia, recordemos, los cuenta, junto con las mujeres y las cosas, como pertenecientes a los hombres. Como los trajimos al mundo, pensamos que son nuestras posesiones y que podemos hacer con ellos cuanto queremos o queramos.

Conclusiones generales

Como dijimos al inicio de este ensayo, el tema en el que nos aventuramos no es nada fácil de abordar. Sentimientos se encuentran y entran en serio conflicto. Hemos realizado un largo recorrido que nos ha llevado por caminos muy variados. Retomemos algunos elementos para relacionarlos con el tema que nos interesaba desarrollar.

1. En la introducción presentamos de manera sucinta el análisis conciliatorio. Permítaseme retomar la analogía: *Yo estoy bien, tú estás bien* es la frase clave. Pero los niños y las niñas descubren rápido que *no están bien*, por cuanto los adultos insisten en corregir sus actos y decirles qué y cómo hacer las cosas; de acuerdo con este proceder, *los adultos están bien, los niños y las niñas no*. Algo parecido sucede en las instituciones religiosas: se plantea que los líderes de las iglesias saben lo que Dios, quiere porque han recibido de él de manera directa y exclusiva su revelación; así como el adulto sabe qué necesitan los niños y niñas, las autoridades religiosas saben qué necesitan los fieles. Pero lo cierto es que los adultos no están tan bien como creen; yo me atrevo a decir lo mismo de las ideas religiosas. Los fieles o seguidores de los grupos religiosos serían, en nuestra analogía, los niños que no están bien, y los líderes o jerarquías

son los adultos que sí están bien. Dejemos el resto a los lectores de este ensayo.

2. En la primera parte abordamos de manera muy rápida el tema de la socialización. El interés principal es mostrar que, en los procesos de socialización, las ideas religiosas inculcadas en los niños y niñas por los adultos, sean estos líderes religiosos o no, juegan un papel muy importante. Las iglesias reciben desde muy temprana edad a nuestros niños y niñas y les transmiten sus sistemas de creencias con sus valores. En Costa Rica en particular todos y todas hemos pasado ya sea por la catequesis, por las escuelitas dominicales o los equivalentes de otros grupos religiosos. Las creencias religiosas, básicamente cristianas, forman parte fundamental de la socialización.
3. El sacrificio forma parte casi indispensable de las estructuras dogmáticas de las religiones. En el cristianismo en general y en el catolicismo en particular, el sacrificio de Cristo da sentido a toda la doctrina. A la base se encuentra la idea de la satisfacción propuesta en su momento por Anselmo de Canterbury, ya comentada. El lenguaje religioso necesita víctimas como las necesitan igualmente los adultos que regresan cansados del trabajo; en este último caso, las víctimas son los menores, de quienes ya sabemos que, según el lenguaje religioso, nacen sucios y, por lo tanto, van a cargar con esta cruz. Las religiones, con sus sistemas de castas, mantienen y confirman esta situación; esto también es generador y legitimador de violencia. Pero ¿por qué permitir y continuar este estado de cosas? Es necesario salir de los esquemas establecidos, renunciando sin temor a todos los sistemas que promueven la crueldad como medio espiritual

de purificación. La humillación no es necesaria; no necesitamos humillarnos para engrandecernos. Las sociedades agrícolas y pastoriles lo necesitaban, no así nosotros.

4. El dogma del pecado original según el cual se considera niños y niñas son sucios desde su nacimiento mismo, genera y legitima violencia. Hay que revisar con seriedad esta noción. Dios es, como decíamos, un símbolo y todos y todas construimos narraciones mitológicas que son las que dan sentido, motivación e impulso a nuestras vidas; probablemente sin ellas nuestros mundos no funcionarían igual. Dios es una necesidad, pero podría no serlo. Si Dios es un símbolo, es entonces una creación personal y social. El pecado consiste en romper con las reglas de ese grupo o grupos que establecieron los límites; existen otros códigos, otras fronteras que no consideran que sea “pecado” lo determinado por aquellos. En fin, lo que entendemos por pecado es igualmente una convención social, un acuerdo o pacto firmado por varios.

5. La retribución intrahistórica es un tema recurrente en la Biblia. Hombres y mujeres creían –eso recibieron de la tradición– que los justos son premiados y los malvados castigados. También se hace una lectura de “atrás para adelante” si me permiten la expresión; según esta, quien se encuentra bien es porque en su vida ha sido justo, se ha portado bien; de igual manera, no estar bien es signo de un castigo por faltas cometidas en algún momento. Esas creencias siguen muy arraigadas en nuestros contemporáneos; a veces escuchamos a padres o madres de familia que exclaman: “¿Qué estaré pagando?”, cuando sus hijos

se comportan mal o no hacen lo que ellos querrían que hicieran. No hay tal retribución y no pagamos las cuentas de otros; esto ya lo dijo Jesús en muchas ocasiones.

6. La tradición cristiana ha profesado –lo sigue haciendo– un abierto desprecio por el cuerpo. Este debe ser sometido de forma rigurosa, de manera que el control lo tenga el espíritu. Este descrédito de la corporalidad ha hecho que pongamos el acento en las espiritualidades, y así hablamos de “espiritualidad laica”, “espiritualidad sacerdotal”, “espiritualidad franciscana”, entre otras muchas. Según este punto de vista, el cuerpo y sus manifestaciones son peligrosas. En dicha perspectiva, hay un riesgo: el desprecio abierto o solapado implica desconocimiento del cuerpo, de sus necesidades y sus ritmos; lo que ha sido catalogado como demoníaco, malo, no es otra cosa que señales que envía el cuerpo: el placer, por ejemplo, es parte constitutiva del ser humano, y no tentaciones del enemigo para alejarnos de Dios. Debemos renunciar a los discursos que hablan de “espiritualidades” y comenzar a hablar de “corporalidades”. Estos lenguajes espirituales son violentos; deberíamos prestar más atención a nuestros cuerpos.
7. Lo anterior nos lleva a otro asunto: el olvido de la pluralidad de tiempos y momentos. Estamos acostumbrados a inscribir, en una línea continua del tiempo, los sucesos, eventos o cuanto hacemos y sucede. Hemos hecho coincidir, en una misma línea temporal, el logos cristiano y el misterio de la encarnación con el logos del Buda y su silencio, todo en una misma línea temporal. Sin embargo, la realidad es mucho más compleja; cabría preguntarnos si

hay coincidencia entre realidad e historia. La hoy conocida epistemología intercultural desea incluir otras narraciones que han sido olvidadas; como las narraciones que conocemos surgen de los centros de poder, debemos *rememorizar* la historia desde otras memorias olvidadas. En esta línea de pensamiento, debemos sostener con firmeza que los tiempos de los niños y las niñas no han sido tomados en cuenta; los centros de poder les han impuesto otros ritmos que no son los suyos (estos lenguajes también generan y legitiman la violencia): los niños y las niñas sienten y viven según otros tiempos, otras realidades. Raúl Fornet-Betancourt habla del “crucigrama de los muchos tiempos contextuales y memoriales de la humanidad”⁴⁹; esta imagen me parece maravillosa: no hay líneas continuas, hay líneas que corren en múltiples y diversas direcciones y que eventualmente se encuentran pero que no siempre coinciden; esas líneas en otras direcciones son tan reales e importantes como las de los poderosos que escriben la historia. Me imagino cómo sería una historia narrada desde la realidad de niños y niñas.

8. Unas pocas palabras aclaratorias sobre el uso de la Biblia. La Biblia es un texto que no nos pertenece; está muy lejos de ser el libro de referencia, el manual o recetario para la solución de los problemas que nos aquejan; sin embargo, es el libro de referencia de cientos, miles y probablemente millones de personas. El uso que he hecho de la Biblia en este ensayo no pretende ser argumento válido y definitivo contra cualquier otro argumento; sólo he pretendido

49 *Teoría y praxis de la filosofía intercultural. La interculturalidad o por una universalidad más allá de la historicidad.* Documento inédito. Será publicado en la Revista SIWÓ', de la Escuela Ecueménica de Ciencias de la Religión (volumen 1, 2008).

mostrar de qué manera se generan y legitiman lenguajes violentos en contra de niños y niñas haciendo uso de la Biblia. Pecado original, retribución intrahistórica, sacrificios...: todas estas son lecturas mitológicas que no tienen por qué ser validadas en la actualidad; los tiempos cambian y, con ellos, las explicaciones que damos a cuanto sucede a nuestro alrededor.

9. Quiero terminar este ensayo citando a una visionaria de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Me refiero a María Montessori (1870-1952). Para Montessori, el momento de la vida en que la especie humana se distingue de los animales es su infancia, cuando el ser humano no lo tiene todo establecido y está en abierto proceso de adaptación; por ello, la función del niño es ser “el vehículo para pasar a través de la evolución de la civilización”⁵⁰. El niño y la niña tienen un “impulso vital” que estructura su mente; Montessori habla de una disciplina espontánea para ayudar a este impulso vital hacia el desarrollo que brota del corazón mismo de la personalidad del menor. Ante la marginación de niños y niñas y la connotación negativa de sus faltas, la autora propone una educación dilatoria, que consiste en ofrecer metas grandes que los motiven a superar sus caídas, en vez de premios y castigos crueles. Por otro lado, afirma la autora, los conflictos de la infancia se inician cuando los niños y niñas empiezan su actuar, ya que el adulto se defiende en detrimento siempre del niño; el adulto, por el contrario debe reconocer las necesidades (los tiempos) del niño y convertirse en auxiliar de su desarrollo. Es frecuente que los adultos interpreten las

50 *Formación del hombre*. México: Diana, 1994, p. 101.

iniciativas constructivas del niño como “caprichos”; nuevamente, el adulto está llamado a atender las necesidades constructivas de los niños y niñas. Dice Montessori que el adulto se ha limitado a ser impedimento, debido a su incomprensión. Volvemos al tema de los tiempos y/o procesos de los que hablamos arriba. Terminemos con este hermoso texto de María Montessori⁵¹:

El niño no puede expansionarse como debiera ocurrir en un ser en vía de formación, porque el adulto lo reprime [...] Como el niño es un ser aislado en la sociedad, es el adulto quien ejerce una influencia sobre el mismo, y este adulto viene determinado inmediatamente: es el adulto que se halla más próximo al niño [...] Son estos adultos a los cuales la sociedad atribuye una tarea opuesta, pues les dedica el mérito de la educación y del desarrollo del niño. Pero del sondeo de los abismos del alma, surge un clamor potente de acusación contra aquellos, hasta ahora reconocidos como custodios y benefactores de la Humanidad, transformándose en acusados. Pero aunque todos son padres, madres, maestros y tutores de los niños, la acusación se extiende a los adultos y, más aún, a la sociedad responsable de los niños. Esta acusación sorprendente parece apocalíptica, es misteriosa y terrible como la voz del juicio final: ¿qué hiciste de los niños que te confié? [...]

Para educar al niño de manera distinta, para salvarlo de los conflictos que ponen en peligro su vida síquica, es necesario en primer lugar un paso fundamental, esencialísimo, del cual depende todo el éxito: y es el de modificar el adulto...

Se confirma lo que decíamos al inicio, si *YO ESTOY BIEN, TÚ ESTÁS BIEN*.

51 M. Montessori. *El niño. El secreto de la infancia*. México: Diana, 2006, p. 35-37.